



El fenómeno religioso: Causas pedagógicas y consecuencias antropológicas en nuestro contexto sociocultural*

William González Montoya

* El presente artículo está basado en los resultados obtenidos en la investigación desarrollada para optar al título de magíster en filosofía de la Universidad del Valle. Trabajo titulado "El fenómeno religioso y sus consecuencias antropológicas: el mito y la religión". En esa investigación planteé un marco teórico para dilucidar puntos de referencia útiles para el estudio y análisis del fenómeno religioso como problema filosófico, con consecuencias observables en la configuración de los imaginarios sociales de nuestro tiempo y en nuestro contexto sociocultural.

Resumen

En este artículo se resalta para el ámbito reflexivo de las ciencias sociales y humanas, los resultados de investigación que he obtenido durante los últimos cinco años de trabajo con adolescentes, padres de familia y maestros, referidos a la manera como se aborda el fenómeno religioso en la educación secundaria. De esta manera se infieren las prácticas pedagógicas, sociales y familiares que aún se mantienen con una fuerte influencia en la esfera educativa colombiana, dominada históricamente por el rasgo eurocéntrico y medievalista en la construcción de los preceptos éticos, políticos y religiosos. Se demostrará cómo el hecho religioso que es un fenómeno universal que funda estructuras de lo real, ha servido como señuelo para fortalecer los mecanismos con los cuales se promueve un reduccionismo dogmático y fundamentalista, bien de carácter ético, político o religioso.

Palabras clave

Mito, realidad, ideología, identidad, religión, política.

Summary

This article highlights for the reflective area of social sciences and humanities research results I have obtained over the past five years working with adolescents, parents and teachers, referring to the way it deals with religion in secondary education. This will infer the pedagogical practices, social and family that are still a strong influence on the educational Colombia, historically dominated by the Eurocentric and medievalist feature in the construction of the ethical, political and religious. They show how the religious event that is a universal phenomenon that structures of the real case, has served as a decoy to strengthen the mechanisms which promote a dogmatic and fundamentalist reductionism, or ethical, political or religious.

Keywords

Myth, reality, ideology, identity, religion, politics

William González
oxcali@hotmail.com

Magíster en Filosofía-Universidad del Valle
Licenciado en Ciencias Sociales-Universidad del Valle

Fecha de recepción: Septiembre 14 de 2011
Fecha de Aprobación: Octubre 26 de 2011

Antecedentes de investigación

El presente artículo está basado en los resultados obtenidos en la investigación realizada para optar al título de magister en filosofía de la Universidad del Valle y del continuo de actividad pedagógica que he desarrollado en los últimos cinco años con adolescentes, padres de familia y profesores de las asignaturas de filosofía, ética y religión. En el trabajo de maestría titulado el fenómeno religioso y sus consecuencias antropológicas: el mito y la religión, planteo un marco teórico para dilucidar puntos de referencia útiles para el estudio y análisis del fenómeno religioso como problema filosófico, con consecuencias observables en la configuración de los imaginarios sociales de nuestro tiempo y en nuestro contexto. La propuesta a nivel teórico consistió en argumentar que hay un nexo inmediato entre la biología, lo simbólico y el mito como elementos centrales en la fundación de realidades posibles.

En ese trabajo me propuse demostrar cómo la vida del hombre, que se desenvuelve entre lo biológico y lo cultural, solo puede lograr “desmaterializarse” y constituir el mundo de lo “noético”, en la medida en que es atravesada por el mito. De este modo, partí del imperativo de retomar la reflexión en torno al estatus que ocupa lo simbólico, como agente vital en la orientación de las sociedades, para señalar que el mito ocupa en la vida humana, un lugar privilegiado puesto que da sentido a la experiencia de estar vivos y a la fundación de lo real.

Desde el nexo entre lo simbólico y la elaboración de complejos sistemas cognitivos que configuran la realidad, se hace necesario superar la filosofía del hombre, que se reduce a la reflexión meramente especulativa (que en el mejor de los casos es prescriptiva, es decir teleológico-axiológica; o metafísico-teológica) de la condición y naturaleza humana. En este sentido, se hace clave para el análisis que nos hemos propuesto, la tesis expuesta por Arnold Gehlen, que considera al ser humano como un animal deficiente, que necesita crear instituciones que le ayuden a sobrevivir, para así superar los aspectos más clásicos de la antropología filosófica y retomar de una manera más amplia y menos dogmática la discusión sobre el imperativo de las redes metafóricas (simbólicas) que estructuran a las sociedades humanas y así presentar un análisis de nuestro contexto social en el pleno fulgor de su diversidad.



En la misma dirección analítica tomando como referente la singularidad simbólica humana y a través de la teoría de la metáfora de M. Johnson y G. Lakoff, es posible desarrollar en profundidad las tesis de E. Cassirer, A. Gehlen y Mircea Eliade, sobre la formación mental de los conceptos y la creación de mecanismos reguladores del comportamiento individual y colectivo, indispensables en la fundación de lo real. Estos mecanismos que colman de sentido el plano intra e intersubjetivo, son importantes desentrañar porque en ellos se hace evidentes los rasgos más sobresalientes de nuestra historia y de nuestro contexto sociocultural, que entre otras cosas, se ha pretendido homogenizar en todos los planos de la vida cotidiana con un énfasis marcadamente confesional.

En síntesis, en este artículo se aprovecharán los resultados teóricos y metodológicos de la investigación descrita sobre todo para resaltar, la urgencia de reconsiderar en el ámbito reflexivo de las ciencias sociales y humanas, la influencia que han tenido en la esfera educativa colombiana, los prolegómenos religiosos y políticos acuñados a una herencia mestiza dominada por el miedo y la obediencia dogmática, rasgo éste eurocéntrico que fue esculpido a sangre y fuego en el cruce de la filogénesis indígena, europea y africana, rasgos que aún hoy se mantiene con mecanismos pedagógicos más sutiles, pero que tienen los mismos efectos en la elaboración psíquica de la realidad.



De esta manera he señalado cómo el hecho religioso que es un fenómeno universal que funda estructuras de lo real, que además revela la existencia de lo sobrenatural y resulta normativo para la conducta del animal humano, puede o ha servido como el señuelo perfecto para justificar el malestar social generalizado y los mecanismos a través de los cuales se promueve en la escena de acción psíquica de los individuos, un reduccionismo dogmático, bien de carácter ideológico o religioso. Con esto se deja en evidencia la necesidad de replantear este problema en nuestro contexto preciso y se hacen visibles las instituciones sociales más influyentes y sus marcos ideológicos más evidentes dentro de nuestra propia historia.

Revivamos nuestra historia: Hacia una comprensión de nuestros males y posibilidades

Las concepciones de realidad que configuran culturalmente a cada individuo y a cada pueblo, corresponden a los sistemas cognitivos de interpretación que se transmiten en un espacio-tiempo determinado. Cada individuo se configura psíquicamente entre su biología, la cultura y la sociedad que lo acuna. Así y sólo así, el animal humano queda en condiciones de sobrevivir por sí mismo. Por esta razón es que es importante analizar algunos de esos elementos que componen y moldean los sistemas cognitivos de interpretación y entre ellos, sobre todo, identificar y desenmascarar aquellos que confunden, caotizan o que en todo caso transforman significativamente dicho sistema, dando lugar a esquemas de acción y pensamiento anacrónico en individuos desolados y sociedades enfermas.

Cada etapa de la historia de Colombia en los últimos cinco siglos, tiene evidencias concretas de la gran influencia que han ejercido sus instituciones sociales. Una de ellas y responsable directa de buena parte de nuestro desarrollo intelectual, ético y moral, es la Iglesia Católica. Con ella nacieron, crecieron y se desarrollaron nuestros primeros Colegios y Universidades. De la mano de ella llegó Dios a estas tierras y por ella fue posible conocer el rigor, la disciplina y el pecado. Fue esta institución la encargada de la transmisión de valores y juicios para elaborar y aceptar la realidad cotidiana.

Los prolegómenos de la Iglesia Católica son uno de los factores clave para aventurarse a una caracterización psíquica de la sociedad postcolonial y su configuración sociocultural actual. Si se quiere penetrar la historia de Colombia, hay que ver que una de las instituciones sociales más influyentes en todos los campos de la vida, debido, entre otras razones, a su dominio absoluto durante los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y bien entrado el siglo XX, sobre la educación, los métodos y los planes doctrineros y de estudio, es indudablemente la iglesia católica.

Su injerencia sobre el psiquismo social, ha permitido promover y conservar estructuras sociales, económicas y políticas con enfoques ideológicos casi siempre ortodoxos y dogmáticos. Las estructuras míticas más simples ofrecidas por la iglesia, han servido por muchos siglos para orientar moralmente el desarrollo y crecimiento de la nación colombiana en su dimensión no sólo sociocultural sino también política. Un pueblo aguerrido, valiente, inteligente y sano, ha sido conducido por siglos, con un discurso emocionalmente monolítico frente al fenómeno religioso y a las problemáticas materiales.

Un rápido vistazo al comportamiento religioso de los estudiantes de secundaria durante algún tipo de celebración religiosa, en un colegio que profesa el catolicismo, demuestra que desde muy chicos los jóvenes de este tiempo, respetan y comprenden muy poco el sentido de lo que les enseñan en este campo, y aunque dicen compartir esa religión, lo justifican más como un asunto social o de obligación con el colegio o su familia, que como una clara comprensión universal sobre este fenómeno en la vida humana. La gran mayoría de ellos rechazan la resignación (o doble moral) esperanzadora que profesan muchos profesores, padres de familia y sociedad en general, frente a sucesos en la vida cotidiana que sería contradictorio justificarlo como la voluntad de dios. En este sentido es muy común percibir entre los más lúcidos de ellos, su rechazo a los dogmas nacidos del pecado original, la sexualidad restringida al amor, la penalización del aborto, la resignación frente a delitos atroces que serán juzgados por dios el día del juicio final, la injusticia y las guerras generalizadas hoy en el mundo, etc.

Para el mundo occidental desde la antigua Roma hasta hoy, son las nuevas generaciones las que han incomodado a sus dirigentes cuando les manifiestan su descon-

tento por las evidentes contradicciones entre los dogma, las ideologías que se les ofrecen y la simple realidad que tienen que soportar. Desde el sacro imperio hasta hoy, este antagonismo entre la doxa y la praxis, ha puesto en serios aprietos el estatus de la casta dirigente tanto en temas de religión como de la política, esto por considerarse ambos aliados naturales en el ejercicio del control social. En Colombia, estas disputas se han visto de muchas formas y han tenido sus efectos. Ejemplo de ello, es la resistencia indígena - y afrodescendiente- que les ha permitido a estos pueblos la revalidación de sus planes de vida ancestrales, autónomos y enmarcados en la restitución de territorios, que entre otras cosas trajo como consecuencia la Constitución Política de 1991. Desde este lugar hoy podemos hablar de la útil liberación de las aulas de clase, de dogmas y planes doctrineros, para así poder considerar el estudio de nuestra historia y muy particularmente del fenómeno religioso, como una cuestión de orden universal y no confesional, con un talante más diverso e incluyente.

En Colombia, como en muchos países de América Latina, aún hoy, persiste el fantasma medieval de considerar peligroso todo aquel individuo o grupo, que quiera plantear la necesidad de liberar de las cadenas dogmáticas, extremistas y confesionales, los estudios del fenómeno religioso y las alternativas de solución a las disputas políticas. Desafortunadamente se ha confundido la necesidad de ampliar las fronteras mentales para comprender la heterogenia de lo humano, tanto en el ambiente de los sistemas sociopolíticos como religiosos. En el peor de los casos la propuesta de hallar otros caminos para compaginar la variabilidad cultural, casi siempre termina por significar una afrenta a la dimensión interior o espiritual de las personas que pertenecen a determinado credo o tendencia política; y no hay nada más equivocado que esto. Aún hoy cada vez que alguien manifiesta este tipo de análisis, sobre la íntima relación que debe existir entre lo que se predica y se aplica, tanto en política como en religión, y en la necesidad de hacer un reconocimiento explícito a la diversidad de lo humano, corre el riesgo de ser perseguido, desprestigiado o incluso eliminado de la sociedad, por aquellos que se consienten como elegidos o poseedores de la verdad.

En el imaginario de las masas, no parece correcto expresarse con libertad sobre los asuntos del fenómeno religioso, si usted no es un sacerdote de una iglesia: "ofi-

cialmente” un religioso. Y tampoco es muy bien visto disentir en temas políticos cuando no se es oficialista de un partido en particular. En Colombia aún falta mucho por discutir referente a este tipo de cuestiones y más aún si se hacen generados desde alternativas pedagógicas para formar individuos críticos con la suficiencia necesaria en estos temas.

En este momento histórico de Colombia, hay que pensar que ya no basta con hacer la guerra para defender la libertad y la dignidad, pues los hechos están demostrando que esta perspectiva sostenida con arengas y anacrónicas representaciones sociales (heredadas de próceres y mártires de la “revolución”) carecen de sentido y proyección en la configuración de la nación Colombiana del siglo XXI. Por esta razón el tipo de análisis, como el que aquí se ha presentado, no solo se remite a los asuntos de la religión, sino que también de los políticos, puesto que se extienden de manera directa o indirecta, a los esquemas de creencias que determinan la acción individual y colectiva.

Revivir la historia significa resistirse a la seducción de la interpretación colectiva contemporánea y agudizar la mirada sobre las verdaderas causas y las consecuencias de nuestra historia. En este sentido vale la pena luchar, por hacer una verdadera revolución a puertas cerradas, pues ya no basta con una convicción dogmática externa que nos diga el por qué hacer la revolución, cuando son tantas las evidencias de injusticia, inequidad y miseria.

Nuevas formas de acción con llevan a nuevos esquemas metafóricos, así florecen esquemas más creativos de lucha contra la tiranía y la soberbia de los injustos. Es irónico observar en Colombia, al interior de los grupos que combaten y subvierten el orden de las instituciones, esquemas de acción idénticos a los que ellos mismos dicen combatir. En la esquina de cada bando hay una profunda devoción a los mártires y a una historia muerta, razón por la cual, parecen quedar anclados a tesis inoperantes o anacrónicas, con las que perturban la facultad de juicio de los individuos que pertenecen a sus movimientos.

Revivir nuestra historia y singularidad socio-cultural, significa tener la capacidad de observarla ya no como un discurso monolítico incuestionable, sino más bien como la respuesta a la necesidad de revisar todas las variables presentes antes y después de la llegada de los españoles a América y que se combinaron, en medio del terror y el adoctrinamiento, para dar origen a nuestro momento actual; entenderla como la combinación de todos los factores sociales, económicos, políticos y culturales que participaron, antes y después, en la conquista, la colonización y en el fenómeno libertario y nacionalista que se generó en toda América Latina, significa, entre otras cosas, desenmascarar los intereses individualistas de pequeños reductos que con discursos libertarios, no buscaban otra cosas que el beneficio propio y el de sus allegados. La historia de Colombia se engendró en medio de una corrupción galopante y en el hastío de una gran masa poblacional analfabeta y emocionalmente asustada.





En el pleno auge de la revolución francesa, en Colombia, en medio de la ignorancia y la imposición, se consolidó una sociedad fuertemente estratificada, dominada por la minoría blanca, peninsular o criolla, que desde su llegada al nuevo mundo, logró imponer una reproducción del modelo cultural europeo, y cuyas instituciones, sistemas de valores y patrones culturales son originalmente ibéricos. Desde el siglo XVII, el Santo Oficio -ubicado en Cartagena-, cuya función consistía en proteger la fe, estableció un estricto régimen sobre la circulación de libros y obras, a través de diversos métodos de control y censura, la vigilancia de la imprenta, la producción literaria, el contenido de la lectura y la circulación de las obras. En nuestro territorio durante varios siglos hasta el pleno s. XX dominó, la figura del intelectual eclesiástico y la temática religiosa, además de la censura bibliográfica y a los dominios del libre pensamiento. Es decir, mientras de Europa se desterraba con hastio el obscurantismo, en el nuevo mundo se instalaron esos imaginarios medievales con la fuerza de la fe y el respaldo de la verdad revelada.

El control a través de la fuerza y la fe religiosa, han servido de argumentos suficientes para impulsar y sostener cualquier cantidad de ideologías que llovieron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y bien entrado el XX. Esta tendencia a la concordancia entre un discurso espiritualista sincretizado en la población mestiza campesina y los referentes ideológicos de las políticas de una burguesía cada vez mayor, son en gran medida los responsables del fraccionamiento de nuestra historia, y de la condena a millones de personas a una prisión mental, que no les ha possibilitado ni siquiera claridad ideológica en aspectos como por ejemplo un verdadero pensamiento nacionalista, con el que muy seguramente sería más fácil luchar para tener una sociedad con mayor equidad, más incluyente y menos egoísta. Desde luego, nuestra realidad escolar demuestra que esto es el resultado de modelos educativos de carácter escolástico y (en muchos casos aún) confesional que en concordancia con los intereses de la clase política han servido por siglos a mantener el status quo.

La prohibición de usar las lenguas indígenas, tanto como el ignorar la diversidad cultural y la imposición de prácticas sociales guiadas por la visión eurocéntrica y judeocristiana autoreferenciada como modelo cultural, generó hondas transformaciones a los modos de ver y de vivir el mundo de los indígenas, mestizos y afrodes-

cendientes que sobrevivieron al proceso de conquista y colonización española. La imposibilidad de pensar sus orígenes, además de estar convocados mejor al olvido que a la comprensión de su propia historia, fueron los señuelos perfectos para educar una sociedad fuertemente estratificada y fundamentalista, que ha sido guiada por muchos siglos, trabajando para el beneficio de una minoría sedienta de mantener el poder y la riqueza.

Una misma lengua y una misma religión fueron intereses fundamentales de los gobiernos de hace varios siglos. Hoy son otros los intereses y se pueden mimetizar con una misma manera de gobernar y un mismo modo de hacer política. Esto es un hecho notorio en el modo en que se ha hecho y se hace política en Colombia. Hoy más que nunca es necesario abrir espacios para el debate político, para la confrontación de tesis viables en un mundo donde aflora la pobreza mental y la corrupción estatal. Además de espacios para el debate interreligioso donde sea posible superar el fundamentalismo, la ceguera ideológica y el temor a perder la identidad. No se trata de un nuevo ecumenismo, sino más bien de una pasarela de posibilidades frente a un mismo fenómeno que es tanto biológico como sociocultural.

A estas alturas de la historia de Colombia es más que justa una mirada crítica sobre las causas y las consecuencias de la secularización de la clase dirigente, que en muchos casos ha hecho de la democracia una forma de tiranía y explotación, para legitimar sus planes de gobierno, acomodados en gran parte a las necesidades no de la mayoría. Como consecuencia de esto basta con observar el abstencionismo electoral reflejo de una masa poblacional, que bien o son ignorantes de su obligación política, o simplemente están desalentados por la notoria ataraxia de los gobernantes frente a la miseria y los problemas de la mayoría.

En este contexto actual se hace urgente motivar el pensamiento crítico y reflexivo en las escuelas y universidades respecto a estos temas que involucran directamente los sistemas de creencias; es deber de la escuela garantizar espacios abiertos y de diversidad reflexiva que permitan conciliar la revolución psicológica de los individuos y la sociedad, con una mirada más allá del lamento o la queja y desde donde se puedan observar elementos claves constitutivos del imaginario colectivo. La historia de las clases dominantes se ha contado como la historia de la

mayoría y como el modelo que se debe tomar, aunque la gran masa poblacional se sienta lejana de esos héroes, heroínas y de las sagradas familias con el pedigrí suficiente para gobernar.

La historia patria en muchos hogares y escuelas se ha enseñado (y se sigue haciendo) con interpretaciones que han hecho que en general, la trágica historia latinoamericana, parezca algo que nos merecemos por asuntos propios de la voluntad divina o el destino que nos fue trazado, y no como la consecuencia de intencionalidades humanas enmascaradas, detrás de ideales políticos, económicos o religiosos, que no siempre buscan el bien común.

Desde el inicio de la colonización “Por la vía de procesos intencionales, España intentó imponer a indios y a negros su propio bagaje cultural (religión, instituciones, lengua, derecho, etc.). Sin embargo, en algunos casos los resultados no fueron óptimos y, en otros, la cultura de los blancos adoptó elementos de las culturas interactuantes que, de esta forma, pervivieron asimilados a lo largo del período”. (Mayorga, 2002: 40).



Recordemos que en la clase intelectual del siglo XIX y bien entrado el XX se consideraban como racionales y muy viables las elucubraciones de Hegel sobre la inferioridad mental de los indígenas. En el proceso de independencia se gestó la construcción de la nación colombiana y en él, queramos o no, se realizó un ideario republicano de corte burgués “canalizado a través de instituciones educativas, discursos políticos, tratados de jurisprudencia, leyes, obras de teatro, novelas, diarios, revistas y hasta modas. Esta cultura republicana de cuño liberal, que tuvo como eje a la élite ilustrada, desatendió los particularismos étnicos, a los que visualizó como una amenaza frente al sueño de la construcción de una identidad homogénea” (Mayorga, 2002: 40).

Abrirse del camino de la interpretación caudillista de nuestra historia, deja la posibilidad de tener una mirada más incluyente, desde la que es viable señalar dogmas y prejuicios que son innecesarios y muchos incluso dañinos, en la formación ecuánime de los individuos en cada escuela y encada familia a lo largo y ancho del país. Así, es indudable la necesidad de brindar las condiciones para convocar un debate abierto y plural, sobre las consecuencias de muchas de las representaciones sociales que conforman el psiquismo de nuestra nación. Es en esta medida que es importante hacer un análisis filosófico de la Educación en Colombia, de tal modo que se mire con más objetividad y menos anacronismos las prácticas pedagógicas y los planes de estudio que sirvieron de derroteros para configurar los ciudadanos de la naciente república del siglo XX.

En Colombia sólo hasta la segunda década del siglo XIX con Santander, se realizó el primer decreto educativo para la República “en el que se ordenó la organización de escuelas de primeras letras en todas las ciudades, villas y lugares que tuvieran bienes propios, incluidos los pueblos de indígenas a quienes era necesario rescatar del “embrutecimiento y la condición servil” a la que, por tantos años —se decía— habían estado sujetos. Igual obligación se extendió a los conventos de religiosas y religiosos. A partir de entonces, el país comenzó a organizar un sistema de educación pública y a realizar lentos progresos: por influencia de los sistemas educativos británicos se adoptó el sistema de enseñanza lancasteriano; se atendió al aumento de colegios y casas de estudio que combinaban estudios primarios y secundarios, y por ley de 1826 se crearon las universidades públicas de Quito, Bogotá y Caracas” (Mayorga, 2002: 39).



En el marco legal educativo en Colombia han habido momentos, de avance y de retroceso, en materia de libertad de cátedra y de cultos, tanto para hacerla independiente de la influencia de la Iglesia católica particularmente, como para retornar de nuevo a su tutela y dirección. Aún así, ésta poderosa Institución se ha mantenido siempre, como aquella silenciosa sombra (o verdadera luz para algunos) del psiquismo íntimo y colectivo de la gran mayoría de los colombianos.

Las políticas educativas en Colombia se han acomodado por varios siglos a los gobiernos de turno.

“Los gobiernos escalonados entre 1860 y 1880 estuvieron inspirados en la fe de la generación radical en la educación como vía para conquistar la civilización. Sus miembros más destacados estaban convencidos de que todo sistema republicano y democrático requería de una ciudadanía ilustrada y que, por tanto, la educación era un deber y un derecho para el Estado. Pensaban, además, que éste debía remplazar en la tarea a la Iglesia católica que, ligada a ideologías monárquicas y antidemocráticas, estaba inhibida de liderar el proceso de educación popular. El decreto reglamentario para la organización de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia fue, en 1868, la decisión más trascendente del gobierno de Santos Acosta. La reforma de 1870 podría ser juzgada como la de mayor aliento en la historia de la cultura nacional: desde una concepción integral del sistema educativo, abarcó todos los aspectos, aunque dio prioridad a las escuelas de primeras letras que se concibieron como gratuitas, obligatorias y religiosamente neutras” (Mayorga, 2002: 40).

Aún así, en los contextos más íntimos de las escuelas se mantuvo las prácticas pedagógicas con el enfoque marcadamente tradicional y respetando en gran medida los elementos propios de la tradición y la familia católica. Cuando analizamos los enfoques pedagógicos que predominaron en la escuela del siglo XIX y XX, nos damos cuenta que por lo menos a partir de los años 70s en Colombia se pueden percibir los proyectos educativos institucionales de carácter más plural y menos rígido en su adherencia al modelo tradicional. Desde esta época y en la actualidad es muy complejo hablar de modelo pedagógico puro en los proyectos educativos institucionales, puesto que estos los hacen maestros, estudiantes



y familias que pertenecen a un contexto abierto y diverso ya muy distinto al de hace cincuenta años. Esto quiere decir que ya no sólo se trata de mirar a qué modelo pedagógico se suscribe cada escuela, sino más bien, de revisar las mentalidades que ponen en juego las prácticas pedagógicas cotidianas.

La escuela como sistema abierto, ha demostrado que mientras fue siendo superado el espíritu confesional de la educación en la mentalidad intelectual, las escuelas (maestros, estudiantes y familias) también fueron adoptando nuevas formas de tratar los elementos propios de la transmisión cultural y esto es necesario seguirlo incentivando y promoviendo con el rigor de la investigación pedagógica, sobre todo con el ánimo de proteger a estudiantes, padres de familia y maestros que manifiestan una postura más tolerante, amplia y acorde a un mundo pluriétnico y multicultural.

Es claro que en la vida cotidiana de la mayoría de los colombianos, se mantiene tanto como en siglos pasados, el enfoque escolar bajo prolegómenos propios del énfasis cultural judeocristiano. Este espíritu logró penetrar con mucho vigor hasta mediados del siglo XX en la mayoría de los colegios del país salvo, algunos esfuerzos independientes que apostaron por enfocar sus proyectos educativos institucionales, validando e impulsando el enfoque no confesional, que recoge la característica pluriétnica y multicultural de nuestro país y una visión más universal y tolerante frente a la variabilidad cultural de lo humano.

Como resultado de la gran influencia de oleadas de transformaciones fruto de los distintos movimientos “revolucionarios” de los años setentas, por fortuna y como un esfuerzo de trabajo colectivo de la fortalecida capa intelectual, en Colombia se logró consolidar la constitución de 1991. En ella quedó explícito el inicio de la reflexión crítica sobre lo que significa el reconocimiento de una nación pluriétnica y multicultural que se debe reconocer en el marco jurídico general del respeto y la comprensión de la diversidad.

“En lo que hace a las comunidades indígenas, las normas constitucionales que rigieron en el país entre 1886 y 1991 no establecieron ninguna opción de educación especial orientada a ellas. Acorde con la política oficial, la educación de los pueblos originarios —que, en las

llamadas “zonas de misión” se confió a las órdenes religiosas— se orientó en líneas generales a acelerar el proceso de integración a los patrones de vida económicos, sociales y culturales del resto de la población. En 1978, como resultado de los esfuerzos de las propias comunidades y en cumplimiento de las disposiciones del Convenio 107 de la OIT ratificado por Colombia en 1967, se expidió el decreto 1142, en el cual por primera vez se intentó definir un modelo especial dirigido a lograr un acercamiento entre los programas educativos y las necesidades sociales, económicas y culturales de las poblaciones indígenas.

El Convenio 169 de 1989 de la OIT ratificado por Colombia en 1991 y el ordenamiento constitucional del mismo año, asentaron la responsabilidad del Estado de educar a los grupos originarios y afrocolombianos de acuerdo con modelos ajustados a sus requerimientos. En el artículo 68 se señala que los integrantes de los grupos étnicos tendrán derecho a una formación que respete y desarrolle su identidad cultural. La ley 70 del 27 de agosto de 1993 estableció los mecanismos de protección de la cultura y de los derechos de las comunidades negras, a través del fomento de su desarrollo económico-social, con el fin de garantizarles condiciones reales de igualdad de oportunidades respecto del resto de la sociedad” (Mayorga, 2002: 42).

En la historia de Colombia es muy evidente que tanto la secularización de la religión católica, como el vaivén de los gobiernos de turno, fueron razones de sobra para que el clero y la clase dirigente mantuviera su santa alianza política y así logaran afianzar la imposición radical de sus dogmas o ideologías políticas. Dogmas (ahora enmascarados como tesis de pacificación) que durante muchos siglos se han mantenido a la fuerza del miedo y la sozobra y que permea la vida cotidiana de los colombianos a todo nivel. Bastaría como el ejemplo, las posiciones políticas y religiosas extremas que desencadenaron la violencia de los años cincuentas en Colombia. Hechos como estos han demostrado a los historiadores, y a las ciencias sociales y humanas en general, que de una u otra forma, los imaginarios colectivos se sostienen con facilidad en el tiempo, cuando se justifican como voluntad divina o como los deseos del pueblo. Es decir se ofrece la idea de una verdadera democracia, cuando a todas luces los comicios demuestran que no es la mayoría la que asiste a las urnas.

Es muy notorio en nuestro país que aún con la llegada del marco jurídico de 1991 y con la ley general de Educación de 1994, no ha sido fácil superar la fuerte influencia del modelo escolar confesional y de un sistema político en el que prima el abstencionismo. La imposición de muchos de los dogmas religiosos, se afianzaron a través de las ideologías políticas o viceversa. Este reforzamiento nacionalista fraccio no aún más una sociedad ya dividida por la inequidad frente a la tenencia de la tierra y la riqueza. Y que además tenía incrustado en su sistema educativo un blindaje total contra la libertad del pensamiento y el crecimiento de la exploración científica.

En conclusión y como ya quedó expuesto, para poder aventurarse en la reconstrucción de nuestra historia patria, es fundamental recoger también los hilos de la herencia religiosa y política. Así y sólo así, tal vez sea posible aproximarnos verdaderamente a una amplia comprensión de nuestras tristezas, triunfos y posibilidades. Será con esos insumos que habrá ocasión para soñar una patria diversa sin conflicto armado. Esto será el resultado de una nación que se autodetermina en la comprensión de su propio pasado, sin el temor a la persecución política o militar, ni a la condena trascendental por pecados o culpas infundadas. Así cuando este pueblo piense en el futuro, estará frente a la evocación del verdadero civitas que se materializa en aquellos individuos que participan de una revolución psicológica con la que se hacen conscientes de su estructura emocional y psíquica. Es con un tipo de revolución como esta con la que se puede, entre otras cosas, proyectar un futuro con identidad colectiva.

Entre las metáforas y redes simbólicas de nuestra historia

Como se ha venido señalando, nuestra historia es el resultado de múltiples factores que requieren de un análisis sostenido y muy minucioso, y este artículo es sólo un pequeño esbozo de lo que hay por hacer para analizar los antecedentes que han dado origen a nuestro contexto actual. Por esta razón vale la pena anotar que el hombre se constituye como lenguaje y este a su vez como metáfora. Es bien sabido por todos, que este tipo de expresión (la metáfora) es uno de los pilares fundamentales de la transmisión de los sistemas simbólicos; que como se demostró en el desarrollo de esta investigación, tienen como misión, regular

el comportamiento humano y estructurar los sistemas de acción que dan sentido al diario vivir.

De esta manera es importante acudir a algunos ejemplos con los que se puedan observar que las metáforas que configuran nuestra realidad, se hacen evidentes en aquellos imaginarios políticos o económicos en los que se desenvuelve un individuo promedio. Esta reflexión sobre la mirada interna, relacionada con el imaginario desde el cual cada individuo cifra su excesiva tendencia al adoctrinamiento, nos arroja luces sobre nuestro contexto individual y colectivo. “El hombre es un animal que desea creer, que desea la certidumbre de una creencia, y de ahí la influencia de las religiones, de ahí la influencia de las ideologías políticas” (Castoriadis, 2002: 30).

En la Colombia contemporánea y en el mundo en general, se observa una enorme dominación de la ideología política en el imaginario de las personas. La relación que en este artículo se ha propuesto entre la religión y la política en Colombia, es justamente para ejemplificar cómo se mezclan e interconectan las creencias religiosas y todas aquellas representaciones mentales socialmente consideradas como acuerdos colectivos que reconocen en su propia autointerpretación la verdad revelada.

Existen diversos tipos de metáforas y están presentes en los imaginarios políticos y económicos con los que vive y se educa la gente de hoy. Los imaginarios colectivos que se han construido en Colombia, son el resultado de una historia bastante poco bien interpretada por la gran mayoría. Esta situación de autoterrorismo mental genera políticos o revolucionarios ataráxicos que no les importa sino su propio beneficio. Todos ellos son el vivo ejemplo de una civilización sumida en una hiperrepresentación simbólica, que se ha configurado entre cadenas metafóricas de viejos modos de interpretación social y política, y que son efectivas sólo porque le permiten a cada individuo encontrar sentido a lo que hace como hijo del capitalismo, pero que han demostrado ser una pésima opción para planificar el futuro como especie. Un ejemplo pertinente para señalar algunas de esas metáforas que vende el mundo de hoy es aquella que considera lógico que con la guerra se pacificaran naciones en disputa política o religiosa, cuando bien sabemos que las causas de estos conflictos son múltiples y que la solución no es tan simple.

En nuestro contexto y bombardeados todos los días por medios de comunicación y en conversaciones cotidianas se nos hace fácil asumir la interpretación de la realidad acuñadas con metáforas oficialistas como: “Este gobierno nos liberó”, “tenemos arrinconado el terrorismo”, “acabando la guerrilla seremos felices”; o con metáforas de oposición o beligerancia: “vencer o morir antes que dar un paso atrás”, “todos los políticos son corruptos”, “el Estado no sirve, hay que tumbarlo”, “la pobreza es culpa del gobierno”; o con metáforas de resignación: “que se haga la voluntad de dios” “recemos para que los liberen” “dios nos hará el milagro de concedernos un trabajo”, “gracias a dios están vivos, libres y en paz”, “así lo quiso dios” etc.; sien así y si nos quedamos en la literalidad de estas expresiones son pocos caminos reflexivos y de acción para hacer un análisis más amplio de nuestro contexto y comprender en profundidad las causas que generan nuestra situación de pobreza y conflicto armado. Iguales ejemplos encontramos en el discurso religioso o antireligioso,



pues abundan los predicados vacíos de sentido real pero que son suficientes para resignarse al diario vivir como mandatos de la voluntad divina.

Hay un descontento social generalizado, un malestar creciente por la incoherencia entre el ideal de institución y el real funcionamiento de las mismas. El ideal del perdón pese a los hechos inhumanos sin arrepentimiento verificable, la salvación y la vida eterna incluso para los asesinos atroces, o ideales políticos o económicos como los que consideran el dinero como garantía de felicidad, la política como la única alternativa para pensar las sociedades, o el considerar las armas como la salida a los conflictos, son solo algunas de las elaboraciones simbólicas con las que nos vemos día a día en Colombia y que la gran masa poblacional acepta, o al menos usa, diariamente de modo despreocupado.

En el orden de ideas planteado, se puede observar que es más bien una falsa sensación de seguridad la que se le ofrece al colombiano promedio, pues ni la política ni la religión han sido los mejores referentes para indicar el sentido, sin despotismo ideológico o sin desigualdad social. Es importante distinguir que tal como ya se ha planteado, los mitos se caracterizan en general por ser organizadores de sentido, por ofrecer tanto a los individuos como al colectivo, estructuras cognitivas de orientación en el mundo. Aún así, si sometiéramos esta tesis a un profundo análisis de nuestra sociedad actual, observaríamos rápidamente que no podríamos hablar con precisión de cuáles son los mitos que hoy día nos orientan verdaderamente.

Una cosa es hablar del poder de los mitos como estructuras simbólicas cuando han estado anclados a la fuerza de la tradición por milenios y que garantizan la sobrevivencia en la naturaleza, y otra cosa muy distinta, es cuando son el resultado de ideologías económicas y políticas con intereses particulares, tal como lo ha sido por lo menos, en los últimos dos mil quinientos años (sólo para el caso de la civilización occidental). La fuerza de los mitos está viva no solamente en las estructuras superficiales sino en las estructuras profundas de los imaginarios colectivos, por eso requieren de un análisis más profundo a nivel sociológico.

De esta manera, lo que vemos hoy como fuerza predominante para orientar la civilización está dada por el marca-

do énfasis ideológico, que se acuñó y que se mantiene en el sistema económico (capitalismo) y político dominante (democracias seudorepresentativas). En otras palabras, la forma en que hoy se hace política y la manera en cómo se usan y distribuyen los recursos disponibles han permitido a los líderes políticos o religiosos de generar al colectivo, la falsa sensación de estar justificados por el poder de la mano de dios y el desenvolvimiento natural de las condiciones de la naturaleza; en otras palabras, se autojustifican con el estatus quo de verdad revelada, que en otrora lo daban los relatos míticos. Los mitos dejaron de ser un elemento esencial para orientarse en el mundo y sobrevivir en el bien común, y se convirtieron en los fines que sustentan los imaginarios políticos, religiosos y económicos de las grandes asociaciones.

Hasta cierto punto parece dañino para la salud mental que un individuo pase su vida sin mitos que le ayuden a orientarse en el mundo, sin embargo en el estado actual de nuestras sociedades está muy claro que no se necesita de mitos para vivir y explicar nada. La vida en las grandes urbes ha facilitado que hoy la vida tome sentido de acuerdo al comportamiento de los indicadores económicos, a las expectativas ofrecidas por el mercado comercial y laboral; o toma sentido la vida cuando se fijan los ideales de la vida familiar y laboral alcanzando un puesto fijo de trabajo, como formas para alcanzar la felicidad y la estabilidad emocional.

Los imaginarios que las personas tejen sobre la consecución de un buen trabajo y sus ideas religiosas, nos muestran un evidente ejemplo de cómo en los imaginarios colectivos está la idea, de que alcanzar un buen puesto de trabajo obedece a la grandeza de un dios todo poderoso que te hace merecedor o no de tal cosa. Con interpretaciones como estas sobre el “mercado laboral”, en gran medida se ha descargado de la responsabilidad política a los gobiernos de gestar planes de acción que favorezcan este aspecto y las masas han entrado en un profundo estado de resignación.

Dicho de otro modo, la combinación cotidiana de creencias religiosas, imaginarios políticos, obligaciones sociales y el deseo natural de sobrevivir evitando al máximo el dolor y la angustia, han degenerado el estatus original de los mitos como fuentes de sentido y equilibrio individual y colectivo, contribuyendo con esto a la confusión y posterior resignación colectiva.

Otro ejemplo que se puede tomar es la simple idea de los mandamientos que se consideran como la ley de Dios para el pueblo judeocristiano. A primera vista es indiscutible que estos mandamientos o leyes fueron formulados como elementos efectivos para la regulación unificada del comportamiento de las personas, en una sociedad sin normas muy claras para llevar la vida (más urbana) en la tierra. Desde otro ángulo (el teológico) existe la explicación dogmática que asegura que estos son el resultado de las leyes que Dios entregó a los hombres para conducir por el camino del bien la vida humana y garantizar la vida eterna.

En uno u otro caso, lo importante de estos “mandamientos” sería la idea de regular el comportamiento humano, y es por esta razón que se le da el estatus sagrado a tal legislación. Sin embargo el problema que aquí se quiere señalar es que con el estado actual de la civilización, incluso los mitos como estos que guardan la característica intrínseca de ser humano, casi universalmente aceptados (al menos en el mundo llamado civilizado) han dejado de ser efectivos, pues en el desarrollo actual de las sociedades urbanas predominan como más importantes otros esquemas de valores regidos o mediados por el flujo de los imaginarios políticos y económicos.

Así como las estructuras ofrecidas por el relato bíblico, se han transformado al punto de parecer más relatos de ficción y horror para aterrorizar mentes ingenuas, que verdaderas estructuras cognitivas para darle sentido a la vida; igualmente mitos como el de la democracia representativa, no cumplen con la función de representar el sentir de la gran mayoría. Hay muy poca coherencia entre el ideal de democracia representativa y lo que hoy son las personas que participan de esta forma de gobierno.

Se supone que para que exista una real democracia se debe alcanzar el ideal del ciudadano, quien es capaz de gobernar y ser gobernado. Sin embargo es muy evidente que la forma en que se trasmite y reproducen los valores de nuestra cultura (y entre ellos las ideas políticas y religiosas) enseñan más a soportar y a delegar en unos “expertos” el ejercicio de gobernar; que a formar ciudadanos con la solidez de un pueblo conocedor y responsable de asumir las riendas de su propio destino por construir. En estas condiciones se ha producido un paradójico desencanto por participar de manera crítica y una notable resignación frente a lo que sucede en la arena política y peor aún, en la esfera intrapsíquica.



En el ambiente político colombiano, es hoy mal interpretado e incluso peligroso, mantener una actitud crítica. La libertad de pensamiento que se generó con los fuertes movimientos de la contracultura, posterior a la década de los años 70s, son hoy sinónimas de rebelión y terrorismo. No están ni claros ni garantizados, más allá del papel, todos los ideales de la educación y la libertad, como medios efectivos para superar la ignorancia, la desigualdad, la miseria y el hambre. Estos mismos ideales sirvieron de fuente y aliento para avivar la disolución de grandes ideologías políticas con pretensiones tanto reformistas como verdaderamente revolucionarias, también han funcionado como generadores de apatía y desencanto social.

En la búsqueda de soluciones a la situación no sólo colombiana sino mundial, a las miserias productos del capitalismo y las ideologías de la resignación, es importante poner en el primer renglón de los enemigos, lo que Cornelius Castoriadis ha denominado la insignificancia o el asenso de la insignificancia que no es otra cosa que cierto terrorismo mental, consecuencia del agotamiento ideológico de nuestra época; lugar del que sólo se puede salir con el resurgimiento de una potente crítica al sistema y de un renacimiento de la actividad cívica.

En Colombia lo que se puede llamar una verdadera revolución obliga a cambiar de perspectiva. Es necesario abandonar anacronismos (consignas y en general las tesis fosilizadas) que continúan atrapados evocando ideales dogmáticos y a mártires de la revolución; y al mismo tiempo combatir todos los modos de persecución a la libertad del pensamiento que promueven muchos de los que militan tanto en la derecha como en la izquierda.

Es necesario reclamar y hacer respetar el derecho a ser de extremo centro, como una posición política clara y abierta. “Se plantea, pues, el problema del papel de los ciudadanos y de la competencia de cada uno para ejercer los derechos y los deberes democráticos con el objetivo –una dulce y hermosa utopía- de salir del conformismo generalizado” (Castoriadis, 2002:30). El problema se resume en la necesidad de una reeducación crítica que consiste en alcanzar un estado mental y de compromiso cívico de los individuos y de la sociedad, con el cual se combata libre y críticamente la tendencia natural humana al adoctrinamiento.

El resultado ofrecido por las redes simbólicas que gobiernan los imaginarios colectivos de nuestro tiempo, han transformado a los individuos en masas dopadas, sin voluntad ni dirección. Las causas de esa profunda resignación, reside en la configuración de una fuerte mentalidad económica, política y seudoreligiosa, que se plantea pasiva y resignada frente a un fuerte esquema de creencias. En nuestras sociedades contemporáneas se han reducido religiosamente todos los valores al valor económico.

Dicho todo lo anterior, es necesario volver a sostener, por qué es preciso señalar como anacrónicas y atrasadas las tendencias educativas en materia de educación ética, política y religiosa que aún persiste en Colombia y que requieren de profundas transformaciones. Es un llamado de atención a esas prácticas pedagógicas que nacen muertas y que en nuestro tiempo ni sirven como recursos saludables para la orientación de los individuos, ni funcionan como eficaces en la configuración de un mundo sostenible. Varios factores se pueden considerar los responsables de ese atraso o poca innovación en esta área del currículo, entre ellos están:



La ausencia en Colombia de investigaciones serias en materia de análisis y reflexión curricular para estas asignaturas (hasta hace muy poco tiempo ésta tarea estuvo en manos del clero). “La investigación sociológica, antropológica y pedagógica no han abordado, hasta el presente con la cobertura y la sistematización deseables, el estudio de la significación e impacto de los contenidos de la dimensión religiosa de nuestras culturas en las prácticas pedagógicas en la educación”. (Mineducación, 2000) Y del impacto que han tenido en las estructuras cognitivas de los Colombianos de hoy.

La escases de prácticas educativas y manuales de educación religiosa no confesional, que estén en comunión con el desarrollo cognitivo de los niños colombianos y con las exigencias de un mundo globalizado, mundo en el que se profesa igualdad, tolerancia, libertad, fraternidad, y en el que no se desconoce la complejidad del universo espiritual de los seres humanos, pero que paradójicamente se debate entre la intolerancia, el racismo, el machismo, la misoginia, el fundamentalismo religioso y el conflicto geo-político. La Oficina Internacional de Educación (OIE) de la UNESCO, ha reconocido que durante los nueve primeros años de enseñanza obligatoria las clases de religión aparecen como materia común en los planes de estudio de 73 de los 142 países estudiados; y lo es en Estados no confesionales como en Alemania, Italia o España. Además, consideran que la inclusión de la religión en los planes de estudio ha crecido en el último decenio. No parece que la tendencia internacional sea eliminar la asignatura de religión, sino todo lo contrario.

Aunque el Estado Colombiano nos es ateo, agnóstico o indiferente ante los sentimientos religiosos de los Colombianos y en la Constitución Nacional hace el reconocimiento de Dios en términos generales, le ha faltado interés en atender las dinámicas propias de esta asignatura, para que de verdad los planes de estudio en esta área contribuyan de manera clara en el desarrollo integral humano tal y como lo contempla la Ley. (Ausencia –hasta el año 2000- de es-

tudios sobre los estándares educativos claros y sin énfasis judeocristiano y con características más universales).

La enraizada visión maniqueísta que aún persiste en la gran mayoría de los colombianos, la actitud de sumisión ante los representantes, los dogmas y los votos confesionales, que además sabemos se encuentran presentes en todas las formas de iniciación de nuestra cultura, en las fiestas anuales, en los símbolos y emblemas nacionales, en las calles, en la música, en la televisión, etc; todas estas son evidentes consecuencias de la separación entre continuidad cultural y la orientación efectiva del hombre en el mundo. ¿Hacia dónde está orientada la civilización occidental, o mejor aún, sobre qué bases de interpretación perceptual concibe el hombre de hoy su mundo?

Por último y en consonancia con lo anterior, la pretensión ha sido mostrar no sólo en teoría sino dentro del marco de la legalidad, la necesidad creciente en nuestro país, de desarrollar prácticas pedagógicas y directrices de Educación religiosa, ética y política no confesional, desde los cuales se promueva la conformación no sólo ideológica de patria y nación, sino también, planes de acción concretos, que promuevan en los estudiantes la formación de la conciencia ética y de una moral crítica para la libertad, ambas como alternativas que aseguren una vida amable, justa, solidaria, trabajadora y en paz.

Algunos resultados de investigación

La formación religiosa en los colegios públicos de Cali. Aquí se exponen los resultados de cuatro encuestas realizadas entre los años 2006 – 2007 y 2008 a 484 estudiantes de 5 colegios públicos y un colegio privado de la ciudad (que me permitió contrastar algunas de las hipótesis); y a un grupo de 18 maestros encargados de esta asignatura. En la encuesta se tomó una muestra aleatoria a 484 estudiantes de 9º, 10º y 11º grado con edades entre los 14 y 19 años. De los estudiantes encuestados, 421 de

ellos pertenecen a cinco colegios públicos de la Ciudad de Cali: Colegio Santa Librada, INEM Jorge Isaac, IETI Instituto Técnico Industrial Antonio José Camacho, Colegio Santa Cecilia, Colegio Normal Superior Farallones de Cali; y 63 estudiantes de 10º y 11º grado de La Institución educativa privada Colegio Gimnasio La Colina.

Los resultados obtenidos en estas instituciones me permitieron plantear un análisis comparativo, ya que en el Colegio Gimnasio La Colina no sólo se realizó la encuesta, sino que se aprovecharon varias horas de la clase de filosofía para la discusión de temas fundamentales sobre el fenómeno religioso. Con estas horas de clase destinadas a la investigación y las entrevistas realizadas tanto a estudiante como a profesores de colegios públicos y privados, se pusieron en juego varias de las hipótesis planteadas al inicio de la investigación sobre la que se sustenta este artículo.

Es reconocible en el total de los encuestados que un 90% de los estudiantes se consideran creyentes, un 6% como dudoso de plantear esto como un hecho seguro y un 4% que se consideran completamente ateos. En los colegios públicos se consideran el 96% de los estudiantes creyentes, mientras que el restante de estudiantes como ateos. Las entrevistas realizadas a los maestros, arrojaron como resultado que la mayoría de ellos (80%) mantiene una mirada tradicional y poco plural en sus planes de estudio. Todos ellos carecen de materiales adecuados que estén orientados con una mirada heterogénea y transdisciplinar del fenómeno religioso. El restante de maestros aunque intentan desarrollar programas con una mirada más holística que reduccionista, terminan por hacer de su clase una asignatura de ética o un programa de relleno que se ofrece a los estudiantes como opcional, al que pueden faltar sin que por esto se vean afectados con la no aprobación de la asignatura.

En tres de los cinco colegios públicos encuestados, es recurrente en la opinión de los estudiantes, decir que no reciben clase de esta asignatura, pero otro buen grupo

de estudiantes de estos mismos colegios, afirman sí recibir esta clase. Con esta evidente contradicción, queda al descubierto la confusión generalizada que hay en los colegios, en la mayoría de los planes de estudio, para esta asignatura. Lo cierto es que con esta investigación encontramos que no hay ni planificación sistemática, ni ejecución coherente en el desarrollo de las propuestas pedagógicas de la clase de religión, ocasionando con esto que se convierta en una asignatura de relleno sin el rigor que debe merecer dentro del Proyecto Educativo Institucional una asignatura obligatoria.

En el marco legal colombiano en referencia a esta asignatura, hay una seria contradicción en los decretos más recientes sobre el tema. La ley Colombiana en este sentido no tiene una postura verdaderamente clara. Las disposiciones legales exigen calidad para esta asignatura con docentes capacitados y certificados para el desarrollo de programas que garanticen que nadie será obligado a recibir formación religiosa, que además atiendan la pluralidad, pero desafortunadamente quienes ofrecen este tipo de certificación son universidades marcadamente confesionales. Los maestros así formados, terminan por intentar persuadir a sus estudiantes a militar en su enfoque y con quienes no lo logran, entonces prefieren dejarlos excluidos de sus clases. Incurriendo con esto último en una falta grave.

Si se mira este punto con todo el rigor del marco legal de la educación en Colombia, se vería rápidamente la seria contradicción que hay entre garantizar una educación integral y completa a los estudiantes y el respeto por el libre desarrollo de la personalidad. No se le debe negar el derecho a la educación a un estudiante, pero si se le permite no asistir a esta clase, se está incurriendo al mismo tiempo en una falta, pues esta asignatura es de carácter obligatorio según lo que establece la misma Ley¹. Es evidente entonces, que en los colegios si no se toma como una asignatura obligatoria es justamente porque no hay ni maestros capacitados, ni planes de estudios claros, de amplitud pluralista y no confesional.

1. Mediante el Decreto 354 de 1998 se aprueba por primera vez en el país el Convenio de Derecho Público N° 1 de 1997 en el que "el Estado garantiza a los padres de Familia de las Entidades Religiosas que suscriben el presente convenio el derecho de escoger el tipo de educación para sus hijos menores..."; sin embargo con las normas expedidas posteriormente se ha generado confusión, en tanto que la Constitución política señala que nadie será obligado a recibir formación religiosa (Art. 68), pero la Ley General de la Educación (Ley 115 de 1994) y la Resolución 2343 de junio 5 de 1996 del Ministerio de Educación Nacional, la Directiva ministerial 002 de 5 de febrero de 2004 y el decreto 4500 del 19 de diciembre de 2006, señalan la formación religiosa como área obligatoria y fundamental dentro del currículo.

El hecho de que se deje que un estudiante opte o no por esta asignatura obedece a una mala interpretación de la norma y a un “mico” dentro de la misma ley, que aunque reconoce su obligatoriedad, al mismo tiempo la deja como opcional. Por lo tanto es una necesidad que hay que atender y una tarea por resolver para la educación pública. Esta necesidad es la que anima la pertinencia reflexiva de esta investigación.

Algunas de las regularidades en la investigación: de lo observado en las respuestas dadas por los estudiantes, tanto en el proceso de las encuestas como en las entrevistas realizadas de manera informal a algunos de ellos, o durante las clases de filosofía en el caso de los 61 estudiantes (de tres cursos de filosofía que dicté durante los años lectivos del 2005 al 2008: dos en 11º y uno en 10º grado) del Colegio Gimnasio la Colina; se puede decir lo siguiente:

La gran mayoría de los estudiantes reconocen que en la clase de religión en sus colegios, se habla sobre aquello que se refiere o habla de Dios, de los aspectos morales y reguladores del comportamiento. Muchos de ellos reconocen en la figura de Jesús de Nazaret la imagen más representativa de lo que se refiere a la religión, a pesar de esto, no desconocen la necesidad de una mirada tolerante y abierta sobre este tema. Pues saben de la existencia de muchas otras religiones.

En la opinión de un buen número de estudiantes se reconoce en la idea de dios, no sólo una figura antropomórfica que es asequible o comprensible para los humanos, sino que es visible la paradójica caracterización dialéctica de dios como agente y fuente de horror, misterio e inexplicabilidad.

Es importante observar que algunos de los estudiantes aunque dicen ser creyente, son claros y abiertos críticos a la institución religiosa, porque para ellos es evidente la contradicción entre muchas de las cosas que se interpretan y están dichas en algunos libros sagrados como la Biblia o el Corán y lo que hacen quienes dicen ser creyentes; por ejemplo la adoración de imágenes, mantener vigente concepciones literales como el pecado original, la ablación, la superioridad de un supuesto pueblo elegido para portar la verdad y la salvación, el infierno, el juicio final, entre muchos otros dogmas. Fue interesante ver que más del 95% de los estudiantes consideran muy necesaria



ria la tolerancia religiosa como insumo para la reconciliación y la paz entre las distintas posturas religiosas.

Es reconocible casi en el 100% los estudiantes, la opinión que solicita tolerancia y respeto por las creencias individuales. Descubrir esta postura tan generalizada, deja claramente expuesto que es más bien la vieja mirada evangelizadora y dogmática de las religiones de libro, las que convocan al fundamentalismo ideológico y religioso de los estudiantes. Mirada cuando menos obsoleta, pues los jóvenes en su mayoría demostraron exigir la necesidad de una clase de religión abierta y tolerante de la diversidad. Con esto entre otras cosas proponen hacer un reconocimiento explícito a la universalidad del fenómeno religioso.

Cuando a los estudiantes se les pregunta por la existencia de Dios y lo que “es”, el 57% de ellos asegura saber qué es dios, el 35% cree saberlo y un 8% asegura no tener la más remota idea de qué es. En este mismo sentido cuando se les preguntó de si dios es una idea o un sentimiento, el 43% coincidió en que es ambas cosas, el 25%

creer que es sólo un sentimiento, el 9% una idea, y el 23% lo considera otra cosa.

Así mismo como se les preguntó a los estudiantes por la existencia de dios se les indagó por la concepción que tienen acerca del diablo. Algunos estudiantes coinciden en asegurar que no tienen una idea muy clara de lo que "es" el diablo. Tal como lo dicen con la pregunta por dios, reconocen que han oído hablar de unas características con las que se le identifica o la gente se lo representa, pero es sólo eso, una representación de aspectos de una personalidad grotesca o mala, así como cuando se habla de dios y se le considera amorosa y buena. En la idea del diablo encuentran el complemento antagónico para la representación sobre dios, en las que reconocen características de amor, bondad, perdón, etc.

Frente a la pregunta por la posibilidad de que sólo haya una religión única y verdadera, el 42% de los estudiantes considera que sí la hay y el 58% no lo creen posible. Es muy particular ver este resultado pues el 78% de estos estudiantes, pertenece a alguna religión, el 20% a ninguna y el 2% no respondió. Estos resultados parecen contradictorios a primera vista, si se considera que en la mayoría de ellos sus dogmas religiosos de base, les obligan a creer que sus creencias religiosas, son portadoras de verdades reveladas por dios y que no pueden ser falseadas por otras posturas religiosas. A pesar de lo anterior, predomina en los estudiantes, un ánimo conciliador y de tolerancia, y no de fundamentalismo.

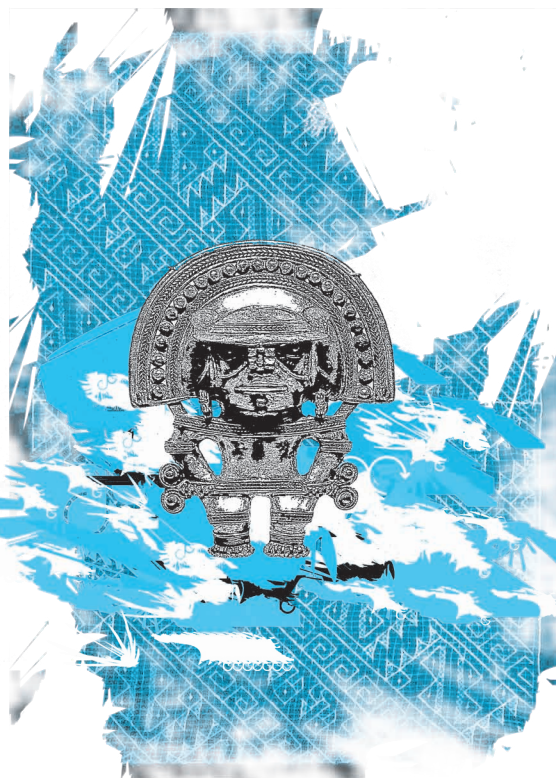
Lo que es, y lo que no es esta investigación

En esta investigación se ha propuesto un marco teórico que destaca la importancia de los mitos y los ritos en la vida humana, sin embargo no es un análisis estructural de los mismos, pues para esto se recomienda consultar directamente los trabajos de Joseph Campbell, Mircea Eliade, Carl Jung, Claude Lévi - Strauss entre muchos otros que tienen estupendas obras dedicadas a este tipo de análisis. Por el contrario lo que se ha propuesto en este trabajo, es rescatar los elementos más importantes desarrollados en estos trabajos, con el fin de elaborar un marco teórico que permita estudiar, crítica y transdisciplinariamente, el fenómeno religioso con una aplicación pedagógica para la enseñanza de la educación religiosa, la historia, la filoso-

fía y en general las ciencias sociales y humanas. Esto por considerar la dimensión espiritual, como una de las más importantes en la constitución de lo humano.

La propuesta que aquí se ha hecho, busca promover la innovación didáctica y pedagógica en el campo de la enseñanza de la educación a todo nivel, donde se privilegie el respeto por la diversidad en la que se manifiesta el espíritu humano. En este sentido se ha buscado traducir los resultados de análisis "estructurales" (de la antropología, la lingüística, la psicología profunda y la filosofía), para hacerlos asequibles como insumos de reflexión para los estudiantes que se aventuren con sus maestros o familias, en la exploración de los sistemas de creencias que han configurado el psiquismo de nuestro tiempo.

Por último es necesario enfatizar el hecho de que en este trabajo se planteó una crítica abierta a los modelos tradicionales con los que hasta la fecha, se ha concebido la enseñanza de la educación religiosa en una gran can-



tividad de los colegios en la ciudad de Cali (pero también en Colombia) y que tiene repercusiones directas sobre el comportamiento político de los ciudadanos. Cuando la mayor parte de los estudiantes de un colegio se desinteresan por un tema como este, tan crucial para la vida, esto no demuestra que los estudiantes sean poco críticos, sino más bien, cómo la institución los piensa.

Está muy claro que la mayoría de nuestros estudiantes entrevistados manifiestan de manera clara, la necesidad de ampliar los linderos del análisis histórico y filosófico, con el que se puede contribuir a la construcción de una sociedad verdaderamente coherente con lo que profesa y aplica, y que rechaza abiertamente concepciones metafóricas que disculpan equivocadamente las causas de

nuestras miserias como la guerra, el narcotráfico, la desolación espiritual, etc.

Esta investigación también es un llamado de atención al sector más liberal y abierto de la Iglesia (y del Estado colombiano) que han demostrado el firme interés de promover una educación espiritual de los educandos, más acorde a nuestro contexto pluriétnico y multicultural, que requiere más que dogmas, soluciones oportunas y pertinentes a su herencia desarraigada, inscrita en la pobreza y la inequidad. Es en últimas, una denuncia y una propuesta crítica frente a la necesidad de mirar desde lo local con ojos más universales, las oportunidades de educarse en un ambiente de libertad mental y equilibrio emocional compartido.



Bibliografía específica del artículo

Cornelius, C. (2002). *La insignificancia y la imaginación*. Madrid: Ed. Trotta.

Mayorga García, F. (2002). *Revista Credencial Historia. La cultura y la educación: construir una identidad nacional sobre el mestizaje de tres culturas*. (Bogotá - Colombia). Edición 154, octubre.

Ministerio de Educación Nacional. (2000). *Lineamientos curriculares de educación religiosa*. Dirección General y grupo de Investigación y Desarrollo Pedagógico. Bogotá.

Bibliografía general de la investigación

Arango C. J. (1977). *Revaluación de las antiguas culturas aborígenes de Colombia*. Bogotá: Plaza & Janes,.

Bock, H. C. (1990). *Biología vs. Teología*. Bogotá: Tercer Mundo.

Caillois, R. (2004). *El hombre y lo sagrado*. México: FCE.

Campbell, J. (1991). *El poder del mito*. Barcelona: Emece.

Campbell, J. (2006). *El Héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. México: FCE.

Cassirer, E. (2003). *Filosofía de las formas simbólicas*. México: FCE.

Cassirer, E. (2004). *Antropología filosófica*. México: FCE.

Ceram, C. W. (1949). *Dioses, tumbas y sabios*.

Cyrulnik, B. (2002). *El encantamiento del mundo*. Barcelona: Gedisa.

Cortés, G. (1989). *Introducción a la crisis global de occidente*. Colombia: Idim.

Cornelius, C. (2002). *La insignificancia y la imaginación*. Madrid: Ed. Trotta.

Durkheim, E. (2001). *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: Coyoacán.

Eliade, M. (1985). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor punto Omega, 6ª edición.

Eliade, M. (1972). *Tratado de historia de las religiones*. México: Era.

Eliade, M. (2001). *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires: Emece.

Eliade, M. (1961). *Mitos, sueños y misterios*. Buenos Aires: Fabril.

Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

Freud, S. (1999). *El malestar en la Cultura*. Bogotá: Morgan Editores.

- Freud, S. (1999). *Tótem y tabú*. Bogotá: Morgan Editores.
- Fromm, E. (1973). *Psicoanálisis y religión*. Buenos Aires: Psique.
- Fromm, E. (1989). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Psique.
- Gadamer Hans, G. (1999). *Mito y razón*. Barcelona: Paidós.
- Galindo M, García C. Valencia J. (2003). *Mitos y leyendas de Colombia*. Bogotá: Intermedio.
- Gellener E. (1994). *Posmodernismo, razón y religión*. España: Paidós.
- Gehlen A. (198). *El hombre y su lugar en la naturaleza*. Salamanca: Sígueme.
- Gehlen A. (1991). *Antropología Filosófica*. Madrid: Paidós.
- Guiraud P. (2005). *El lenguaje del cuerpo*. México: FCE, 4ª reimpresión.
- Guiraud P. (2006). *La Semiología*. México: FCE, 29ª edición.
- Gang Philip, Lynn Nina, Maver Dorothy. (1992) *La educación de la consciencia*. Argentina: Errepar.
- Hersh R., Reimer J., Paolitto D. (1998). *El crecimiento moral de Piaget a Kohlberg*. Madrid: Nancea.
- Ibáñez J. M. (2007). *Introducción a la Antropología Filosófica*. España: Eunsa., 6ª Edición, Universidad de Navarra.
- Jung C.G., Wilhelm R. (1996). *El secreto de la flor de oro*. Bogota: Solar.
- Jung C. G. (1994). *Psicología y Religión*, Madrid: Paidós.
- Jung C. G. (2002). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Caralt.
- Lakoff G. (2001). *Metáfora de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Ley General de Educación. (1995). Colombia: Pensador.
- León-Portilla M. (2006). *La filosofía Náhuatl*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Unam, Décima edición.
- Lévi-strauss C. (1990). *Mito y significado*. Madrid: Alianza.
- Lévi-strauss C. (1965) *El totemismo en la actualidad*. México: F. C. E.
- Lévi-strauss C. (2006). *Antropología estructural*, México: SigloXXI.
- Losev A.F. (1998). *Dialéctica del mito*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- McLaren P. (2007). *La escuela como un performance ritual*. México: Siglo XXI.

- Malinowski B. (1995). Estudios de psicología primitiva. Atalaya.
- Malinowski B. (1985). Magia, ciencia y religión. Colombia: Planeta.
- Merea Cesar. (2005). Familia, psicoanálisis y sociedad: el sujeto y la cultura. Argentina: FCE.
- Maffesoli Michel. (2005). El nomadismo: vagabundeos iniciáticos. México: FCE.
- Morris D. (1984). El zoológico. Barcelona: Plaza & Janes.
- Otto Rudolf. (2001). Lo Santo. Madrid: Alianza.
- Piaget J., Petersen P. (1960) La nueva educación moral. Buenos Aires: Losada.
- Piaget J. (2006). La formación del símbolo en el niño. México: FCE.
- Pinillos José Luis. (1970). La mente humana. España: Salvat.
- Pritchard E. (1976). Brujería, magia y oráculos entre los Azande. Barcelona: Anagrama.
- Radcliffe B. A. R. Estructura y función en la sociedad primitiva.
- Rollo May. (1998). La necesidad del mito, "la influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo". España: Paidós.
- Téllez F. (2002) Mitos: Filosofía y práctica. Manizales: Universidad de Caldas.
- Tina Blythe y colaboradores. (1999). La Enseñanza para la Comprensión. México: Paidós.
- Salzmann Zdenek. (1977). Antropología: panorama general. México: Bsemex.
- Scheller M. (1980). El lugar del hombre en el cosmos. Barcelona: Eunsa.
- Silva A. (2004). Mitos y leyendas de Colombia. Bogotá: Cupido.
- Spence L. (2000). Introducción a la mitología. Madrid: Edimat.
- Sperber D. (1988). El simbolismo en general. Barcelona: Anthropos.
- Séjourné L. (1957). Pensamiento y religión en el México antiguo. México.
- Weber M. (1997). Sociología de la Religión. Madrid: Istmo.
- Zuleta E. (2004). El pensamiento psicoanalítico. Medellín: Hombre Nuevo.
- <http://www.jesuitas.org.co/documentos/Att00661.html>